



MAFIA

REDES DE MUERTE

ALICIA PERESSUTTI



Mafia - Redes de muerte -

Tras 16 años de trabajo territorial y varios posgrado en Trata de Personas y Violencia de Género, Alicia Peressutti presenta su 9º novela.

Una historia que, como las anteriores, está basada en hechos reales -novelada para proteger la identidad de las víctimas - donde desnuda la modalidad, la crueldad y la impunidad con que operan las redes mafiosas en Argentina.

Lamentablemente no es una obra romántica.

La Trata de Personas, el sometimiento, los abusos y los engaños tienen detrás de la cortina que los naturaliza, la máxima perversión hacia las víctimas.

(c) Edición Octubre 2013 / Alicia Peressutti
Corrección: Michelle Sommerville
Diseño de tapa: Fotomontaje José Omar Picatto
ISBN: en trámite
Hecho depósito que prevé la ley 11,723
Impresión / EdicionesCC, Villa Nueva (Cba.)
IMPRESO EN ARGENTINA

Se autoriza el uso parcial o total de la presente obra siempre que se mencione el título del libro y el nombre de la autora.

*En memoria
de mi abuela y de mi papá*

*Dedicado a
Todas las personas que trabajan cada día
para construir un mundo mejor.*

Diciembre de 2004

Rodrigo Eliseo Díaz bajó despacio las escaleras del jet, sin prisas ni ansiedades.

El Aeropuerto de Ezeiza estaba atestado de turistas desesperados por tomar los vuelos correspondientes. La cercanía de las fiestas provocaba en la gente esa extraña sensación de apuros que Rodrigo Eliseo Díaz desconocía.

Alto, bien proporcionado, hijo de españoles, con sangre de moros en las venas, había heredado de su madre los ojos negros e infinitos; de su padre -un madrileño de porte- la frialdad para los negocios y la piel aceitunada.

De una elegancia de pasarela, vestía un traje gris topo acompañado por una corbata en tonos de rosas. Impecable al andar, parecía a punto de entrar a una fiesta y no recién bajado de un vuelo de horas. Tampoco pareció importarle el calor agobiante del mediodía.

Mientras caminaba en busca de su anfitrión, intentaba evocar el mensaje que había recibido: *“Estimado Dr. Eliseo Díaz, son tiempos para invertir. Argentina en este momento es un paraíso para hacer negocios en común, con su economía en bancarrota, pobres por doquier y políticos corruptos.*

Esto nos brinda una oportunidad histórica para abrir juntos una cadena de privados.

No puedo negarle que los chinos lo han intentado, pero están acostumbrados a manejarse a otro nivel, es decir que terminaron abriendo burdeles ruidosos y de mal gusto, acosados permanentemente por policías de poca monta, en *busca de lo suyo. En cuanto a los rusos tampoco pudieron satisfacer un mercado de paladar exigente, y terminaron alquilando sus propiedades por el sistema de plazas a prostíbulos del interior, y ampliando el stock de sustancias.*

Doctor, estamos hablando de un target de consumo que pueda adaptarse a una tarifa en dólares, es decir, de ofrecer mercancía acorde a esas necesidades. Los inmuebles ya estarían marcados, y las entrevistas con quienes corresponde arreglar también. En su mensaje anterior, usted me pregunta por la procedencia de las niñas, jovencitas y del famoso polvo de estrellas. *Créame que ya tenemos todo resuelto, en este país se consigue de todo y lo que no, se importa de nuestros vecinos...*”

Rodrigo Eliseo Díaz avanzaba despacio -sus pies parecían no tocar el piso- intentando mantener el porte ejecutivo.

Sus socios europeos le habían encargado que en ningún momento se desencarnara del papel de empresario extranjero, a sabiendas que en los países tercermundistas los adoraban.

Aire de superioridad, temple de acero, buen whisky y ropa cara, además de exagerar el acento y mantener la distancia.

Cuando Andrés Achával se adelantó en la multitud para salirle a su encuentro, esbozó una sonrisa armada y le dio unas palmadas en los hombros. Lo justo y necesario para mostrar quién iba a mandar a partir del encuentro y cuáles eran los fines de su viaje.

Subieron a una camioneta gris con vidrios polarizados y una chapa de un Ministerio en el parabrisas delantero. La única maleta del visitante fue ubicada en el asiento trasero.

Andrés Achával se desarmaba en amabilidades que sobran, mientras el forastero se limitaba a asentir con la cabeza y a observar el paisaje urbano que los rodeaba como si fuera una selva de cemento. Cuando Rodrigo Eliseo Díaz tomó la palabra fue para definiciones.

—Los capitales están listos. La gente para trasladar también.

—¡Pero, yo pensé...!

—¿Que íbamos a invertir sin traslados?

—No, es que...

—¡Dejemos las cosas en claro desde un principio! Los socios no se van a arriesgar. Tomar los recaudos necesarios nos da tranquilidad a usted y a mí, sobre todo la seguridad de que vamos a seguir con vida, “ANELLA” no perdona los errores.

—Los inmuebles ya están fichados. Hay tres de ellos en los barrios más catés.

—Como habíamos quedado, ¿verdad? Respete lo acordado y no me tiene que dar tantas explicaciones. Sólo dígame dónde debemos hacer la entrega para señalarlos, después nos encargamos de los detalles.

Dentro del vehículo el aire sabía a rancio como si lo hubieran respirado varias veces.

Andrés Achával estaba perplejo, medía cada palabra por temor a decir algo indebido. El hombre era un reptil: hacedor de intrigas, príncipe de maquinaciones, acostumbrado a sobrevivir envuelto en la telaraña de tejes y manejes. La nariz afilada, con un pico prominente. Los labios delgados y pálidos, dispuestos a abrirse para dejar al descubierto una lengua venenosa para eliminar a quién se interpusiera en su camino. Su andar y sus gestos dejaban entrever una homosexualidad declarada, acentuada por el corte de las gafas.

Andrés Achával cuidaba hasta el tono de la voz que por momentos sonaba un poco aniñada, no quería que nada echara a perder la oportunidad de su vida: estar a cargo de varios privados de categoría, donde los clientes siempre ingresarán con los bolsillos llenos, hasta con la posibilidad de abonar con tarjetas internacionales, como se hacía en el primer mundo.

Hijo de padres de clase media, siempre había observado desde el tejido de un country como vivían los niños ricos, prometiéndose a sí mismo algún día vivir dentro de uno, aunque para ello tuviera que vender el alma.

“El alma se vende una sola vez”, decía mi abuela.

Andrés Achával hacía años que había entregado sus principios, su alma y su futuro a la rama más dura de la mafia en Argentina: la de la justicia.

Estudió abogacía en la facultad pública, esperando, como el reptil que era, el momento oportuno para desenroscar su lengua venenosa. Y todo llega: cuando el titular de Derecho Penal -un juez federal- lo invitó a ser su ayudante de cátedra, demoró segundos en pronunciar la respuesta. Todas las puertas y todos los candados comenzaron a abrirse de repente para un Andrés Achával que -muchacho aún, pero con más ambiciones que Alejandro Magno- aprovechaba cada espacio para desentrañar los tejidos enmarañados de la justicia. Además de intentar descubrir quién estaba en la clandestinidad, intentaba servirse de un sistema por momentos débil y en otros casos con un altísimo nivel de corrupción enquistado en los nidos de los jueces y fiscales.

“No es santo quién no peca, sino quién ayuda a no pecar”, me repetía mi abuela en las tardes de mates dulces y tortas fritas humeantes.

Andrés Achával sabía adónde iba y que estaba dispuesto a todo para lograrlo, por eso cuando el Juez titular de Penal lo invitó a su casa a una fiesta, no formuló preguntas innecesarias.

Y fue el primero en llegar y el último en irse.

Una noche especial con exceso de champán, caviar y cocina escandinava a pedido de uno de los jueces que, en uno de sus viajes internacionales -con la excusa de un curso en criminología (específicamente los tipos de horcadura)-, se había enamorado de la cocina finlandesa, y además, como broche de oro, también de una mujer finlandesa a quién invitó -insistencias de por medio- a conocer y disfrutar del paraíso argentino.

Para comenzar la lista de funcionarios permeables era bastante importante. En el montón, nadie reparaba en Andrés Achával y su aspecto de reptil; pero en cambio el hombre estudiaba a todos, con tanta devoción como un monje del monte Sumelo. Palabras, gestos, comentarios, gustos, además de las juntas y ayuntamientos, todo era receptado y almacenado por el joven en su computadora orgánica: la mente.

El Juez Federal estaba viejo, cansado y millonario, tres cualidades que sobran a la hora de tomar un ayudante y de confiar en el mismo. Por eso era inevitable que delegara cuestiones difíciles a Andrés Achával, el cual respondía como lo hacen las serpientes: no con lealtad, pero sí con astucia; es decir que el tema de la fidelidad quedaba relegado a un segundo plano.

Archivos, carpetas y expedientes pasaron a ser familiares para el joven aprendiz de oportunista de turno, es decir, delincuente con guantes blancos. Cada nuevo caso se relacionaba con el anterior y, en pocos meses, Andrés Achával entendió y masticó que la justicia era para los pobres: ellos rebalsaban las cárceles con sus delitos a medio probar y en muchos casos ocupando lugares que no les correspondían.

Un alto porcentaje de los condenados estaban oficiando de perejiles, cubriendo el lugar que el verdadero asesino o ladrón había elegido no ocupar, ayudado por millones de dólares y unos cuantos amigos en el poder.

Andrés Achával era un joven que prometía y el juez Federal, viejo y zorro, cayó en la cuenta de que el joven quería ser alguien a cualquier costo; por eso fue dejándole husmear donde no debía, a manera de aprendizaje. Así el joven fue aprendiendo todos los acertijos del sistema y lo bien que se pagaba la sordera, la ceguera y la falta de conciencia en los pasillos de los tribunales.

Octubre de 2010

Podría ser mi hija. No debe tener más de veinte y tantos, pero sus ojos parecen de cuarenta.

No puede dejar las manos quietas. Un nerviosismo atroz le endurece las mandíbulas y casi no puede pronunciar palabra alguna. Al cruzar las piernas, intenta ocultarme el temblor de las rodillas, que igual siguen agitadas.

Podría ser mi hija. El instinto de madre hace que por minutos pierda el norte y casi me levante a apretarla contra mí. Es más hermosa que las modelos de tapa. Tiene unos ojos de cielo que espejan y unos rizos dorados que caen en cascada hasta la cintura de avispa. Su piel es tan pálida como las estatuas de alabastro y sus labios son frescos como gotas de rocío.

Podría ser mi hija, pero no lo es. “*¿Quién te mandó, niña, a sentarte frente a mí? Será que me ha llegado la hora última y no hay oraciones que detengan la vendetta, será...*”

Mi niño más pequeño se le acerca y le hace una pregunta tonta que no debería incomodarla, pero mezquina la respuesta. Teme dar detalles.

La frente alta y las cejas profundas enmarcan las cuencas azules, indescifrables; no puedo leer más allá de la línea de su cara, no logro entender.

Manos de princesa, pero muñecas de esclava. Las cicatrices van hacia arriba y hacia los costados, denotando varios intentos de poner fin a su vida.

La convidó con galletas surtidas, pero no acepta probar ni una.

Podría jurar que es anoréxica y quizás bulímica también; las manos frágiles y huesudas casi no tienen uñas, están mordisqueadas hasta el tronco, y esa extraña sensación de liviandad, de no estar.

Me acepta un mate amargo, tan amargo como las penas que encierra su alma. Sigue temblando. Da vueltas y vueltas como una calesita sin fin, antes de pronunciar las palabras, que suenan a música en mis oídos a pesar de la sentencia.

—Vine porque fui víctima, yyyyy...

—Querés reconstruir tu vida.

—Más o menos. Ahora bien... supe de usted por un fiolo.

—Son los que más se acuerdan de mí, por desgracia.

—¡Pero usted se metió...!

—¡Con todos hija! ¡Me metí con todos!: jueces, fiscales, diputados, senadores, candidatos de lo que busques. La verdad es que la lista es interminable y crece a diario.

—¡Ellos saben que usted...!

—Ellos saben que yo sé y yo sé que ellos saben, y acá estamos. Todo está documentado y guardado como corresponde, ¿entendés?

—Si le pasa algo...

—Se destapa la olla y espero no dejar a mis hijos huérfanos en vano.

—Pero la mafia siempre se acomoda, otros políticos corruptos, otros policías corruptos, otra sociedad que mira para otro lado.

—¿Entonces?

—El tema es a cuántas personas podemos ayudar. El tema es no ser cómplices, es eso.

—Entonces nada va a cambiar.

—*Corazón, un privado VIP les deja cientos de miles de dólares al mes, imaginate con ese dinero cuántas almas se compran, cuántas voluntades de funcionarios y demás. Pero no todas las personas estamos en venta, algunas quedamos.*

Enciende un cigarro con un encendedor de oro blanco.

En las caras del encendedor unas alitas con una calavera, el símbolo de la mafia de las motos faraónicas. Apresurada, con el nerviosismo que la acompaña en todo momento, le da unas pitadas desesperadas. Las uñas pintadas inmaculadamente de blanco, tienen el aspecto de recién arregladas, como todo en ella.

Preparo la mesa para el almuerzo, más que una familia somos un clan de bárbaros, donde todos van y vienen entre protestas y risas. En la escena faltarían unos arcos y flechas o un par de hachas, y estaríamos completos.

“Al diablo hay que invitarlo a la mesa, para conocerle todas las tretas y todos los escondites”, decía mi abuela. (Quisiera corregirle el refrán reemplazando la palabra diablo por mafia, aunque parecen sinónimos).

La comida es rápida, sencilla. La pobreza adquiere forma y contornos en la mesa familiar.

Casi no come. Podría jurar que es anoréxica. Juega con los alimentos del plato, como intentando disimular el monstruo que le corroe las entrañas y le succiona la vida lentamente.

Todos se van y ella sigue allí, con su presa de pollo casi sin tocar.

Cuando estamos solas, le busco la mirada, esos ojos opacos, tan bellos y tan muertos a la vez.

—¿Estás haciendo tratamiento?

—¡Cómo se dio cuenta!

—Son años, hija. Años viendo como este monstruo destruye a nuestros jóvenes, ofreciéndoles el delirio eterno del cuerpo perfecto.

—Pero lo mío no es tan grave...

—Seguro que lo podés manejar.

—No sea irónica...

—Realista. A esta altura, cruda y realista. Con poco espacio para las vueltas de madeja de más.

No contestó. Quizás entendió más de lo que estaba diciendo.

Encendió otro pucho y me aceptó el primer mate, mientras corroboraba que no tuviera azúcar.

Diciembre de 2004

Andrés Achával llevó al huésped a un apart, especialmente reservado para él en un hotel cinco estrellas de Barrio Norte. Cuando entraron, el gerente en persona se hizo presente para darle la bienvenida al visitante, haciendo un gesto de sumisión en el saludo que dejaba claro quién daba las órdenes. Excepto los pétalos de rosa en la alfombra morada, todos los demás detalles estaban contemplados.

Subieron por el ascensor B, mientras Rodrigo Eliseo Díaz se iba aflojando el nudo de la corbata. El rostro frío, sin expresión alguna, estaba empezando a denotar las huellas inevitables del cansancio.

Una vez adentro, el español, sin emitir sonido alguno se encerró en el jacuzzi y tardó más de una hora en asomar la nariz. Recostado en un sillón francés Luis XV, Andrés Achával lo

esperaba para almorzar. El chef tailandés les sirvió sushi y caviar en unos cuencos transparentes –parecía que la comida flotaba en el aire-, y un vino francés cosecha vieja. Una vez solos, Andrés Achával tomó despacio la palabra como si temiera enojar con algún exabrupto al huésped.

—Rodrigo... quiero consultarle... además de los VIP de Capital, ¿podrán considerar uno más en Córdoba y otro en Rosario? Son buenas plazas, apenas explotadas.

—No digo que no, simplemente que me parece apresurarnos demasiado, aún no tenemos el okey final de los primeros.

Lo dijo con una sonrisa gélida dibujada en el rostro.

—El tema, Rodrigo, es que la gente que tenemos en esas ciudades ya está haciendo planes. Mi jefe, el Juez, tiene varios amigos políticos muy importantes que tomaron con entusiasmo la idea.

—Entiendo, hombre, entiendo. Pero yo solo soy “el mensajero”, en todo debo interrogar la opinión de mis superiores y... ¡usted sabe mejor que yo que en este negocio la desobediencia se puede pagar con la vida!

—Está bien, entiendo.

—Una cosa que me preocupa, antes de despedirlo –porque como verá estoy muy cansado- ¿la cuestión de la materia prima para el negocio estaría arreglada?

—El Juez tiene en cada provincia proveedores de distinta categoría, ellos nos consiguen mercadería que clasificamos en clases A, B, C y D. Esta última letra define el recambio inevitable.

—Ahora bien, ¿qué parámetros utilizan para la A?

—Bien, entrarían las niñas de diez a quince años, con algunas características determinadas. Especialmente las vírgenes que las colocamos en la doble A.

—Entiendo... pero estoy confundido: pensé que ahí dentro ubicaban a las vedettes o estrellitas de tele.

—Esas no tienen categorías, son caras, pero necesarias para la promoción del negocio. Hay una lista interminable de ofrecimientos. Ellas mismas nos ubican a través de sus representantes que le dejan claro como se manejan las carreras artísticas.

—Los representantes...

—Se llevan la mejor tajada. Igual, sin ellos, las guapas no llegan a nada. ¡La fama tiene un alto precio!

—Y después, como en España, cuando llegan a un cierto nivel ya no responden a vuestros llamados ¿verdad?

—Noooo, en la mayoría de los casos siguen haciendo una extra. Para las fiestas privadas se pelean por los clientes.

—Y en la B, ¿a quién ubicáis?

—A chicas de quince a veinte. Las pedimos con las características de las que están en cartelera en estos momentos, y si tienen estudio, mejor. Los clientes se están volviendo exquisitos.

—Es decir...

—Altas, guapas, bien proporcionadas, preferentemente de piel blanca. Esas se consiguen fácil en Misiones y Chaco, el problema es que no tienen estudio. Entonces las pagamos más, pero las pedimos a Córdoba y Santa Fe, generalmente son estudiantes de secundaria.

—Entonces todo el territorio provee.

—Todas las provincias proveen, excepto las que están ubicadas al norte del país; las demás, todas, compran de diferentes categorías.

—En el informe que me mandó, lo puso. Pero pensé que el fuerte de los cargamentos se completaba con paraguayas, colombianas y centroamericanas.

—Es una gran mentira para tranquilizar a la población, sino se producirían marchas colectivas y estos militantes que viven jodiendo encontrarían eco en el resto de la sociedad, y ahí se nos termina el negocio. Igual, con el tema de que sólo se llevan a las más pobres, ese enunciado calma a los burgueses que piensan que están seguros.

—Estrategias de mercado.

—Exacto. Si la gente quiere creer que está segura, que lo crea.

—Andrés, me estoy durmiendo.

—Nos vemos a las 18 horas, ¿le parece bien?

Rodrigo Eliseo Díaz asintió con la cabeza. Escaso de palabras, una de las herramientas que había utilizado para sobrevivir en las entrañas de la mafia era hablar lo mínimo, que nunca sobran las frases. También sonreía poco, su rostro de piedra semejaba un adonis de alabastro. Andrés Achával dirigió el vehículo hacia el despacho del Juez de penal, su jefe y señor en esos momentos. Manejaba con una cierta tranquilidad, acompañado por la voz de Pavarotti que

sonaba en una FM de la Capital. De vez en cuando, le molestaba la comezón en la nariz: indicios certeros de su consumo de cocaína. Jamás se la tocaba en público, a sabiendas que podía ser descubierto, y por ello se aguantaba hasta tener la seguridad de estar solo.

Entró al despacho del Juez sin anunciarse. Lo encontró tomando un café y fumando un habano -un poco excéntrico-, el viejo estaba acostumbrado a los vicios caros: a los casinos famosos, a los autos importados. También a la locura de pedir niños varones de diez a doce años.

Achával tomó la palabra con una sonrisa de triunfo.

—*Doc, todo marcha bien, el español está en la cueva y los euros a punto de llegar.*

—*¡Contame algo, Andrés, dame detalles!*

—*El hombre es seco, astuto como los zorros nuestros, ja, ja. Y desconfía hasta de su sombra, pero viene con las directivas de anclar en este país maravilloso: cuna de la prostitución y del juego.*

—*¿Estás seguro que no se va a plantar para Centroamérica?*

—*Segurísimo, Doc. Muy seguro porque vienen por nuestras mujeres, por nuestras pendejas. Son las que le gustan a estos europeos fiesteros. Además acá está todo comprado: unos cuantos funcionarios de los ministerios, bueno, la justicia, ja, ja. ¿Quiere hablar usted de la justicia? Sólo les estamos pidiendo unos euros de inversión y después se llevan ganancias millonarias.*

—*Andrés, los años no vienen solos y uno aprende a no confiarse demasiado.*

—*Lo entiendo, señor, lo entiendo, pero me parece que todo marcha sobre rieles.*

—*¿Qué pasa con los pedidos de nuestros hermanos de Rosario y Córdoba?*

—*Por ahora sólo quiere Capital, pero están las puertas abiertas para las demás ciudades.*

—*Mirá, Andrés... en todas las provincias quiero que nos manejen con abogados; otros proveedores no quiero porque, si pasa algo, ellos mismos se defienden. Además tienen todas las conexiones en tribunales, ¿entendido?*

—*Claro, Doc, ese tema lo decide usted.*

—*Por eso, mientras vos te encargás del catalano, yo empiezo a hacer las llamadas para mover el avispero. Fijate que en Barrio Norte hay dos torres a veinticinco cuerdas de distancia, me parecen ideales.*

—*Me encargo de ese tema.*

—*Esta noche la fiesta de bienvenida es en la quinta. Mirá que va el ministro y algunos asesores de legisladores y sus jefes y mis amigos de tribunales, espero que el catalano le ponga onda.*

—Seguro, jefe, esto nos conviene a todos.

Octubre de 2010

La tarde se estaba yendo lentamente. El horizonte parecía un muestrario de colores, de esos que ofrecen en las ventas de pinturas. Un sol anaranjado opaco se estaba empezando a esconder detrás del horizonte.

Ella me miró hondo, tan hondo que podía atravesarme el alma. Los ojos se le pusieron húmedos y la frente rígida, movió las manos nerviosamente e hizo crujir los nudillos.

Se estaba yendo como la tarde, para no volver.

—Yo... antes de irme, quería saber si puedo venir a las reuniones...

—Si querés, podés con gusto.

Nunca me preguntó las frases a medias, nunca me pidió más explicaciones de lo que decía y no decía, como dejando que el misterio llenara los vacíos.

—Quiero que anotes mi teléfono por cualquier cosa que necesites.

—Lo tengo.

Y ahí se dio cuenta que todo estaba demasiado claro, demasiado cantado, como las partidas de truco que jugamos con mis hijos en las madrugadas.

—Siempre se puede salir, aunque cueste.

—*No es tan fácil, es decir...*

—*¿Tenés niños?*

—*Es una historia larga, muy larga de contar.*

—*Cuando quieras mi casa está abierta.*

—*No es tan fácil.*

—*En este tema nada es fácil. Todo es arriesgado y doloroso.*

Se fue sin contarme, sin expresar las palabras que tenía anudadas a la garganta.

Ella había venido para algo más. Seguro se ofreció para ser el chivo expiatorio, con la esperanza de poder decirme algo. O quizás me estoy poniendo vieja e imagino una historia con otro final.

Ella había venido para algo más. Y yo no estaba tan vieja de olfatos y sentires.

Febrero de 2005

Sesenta días en Buenos Aires y Rodrigo Eliseo Díaz sentía que hacía añares de su desembarco en tierras argentinas.

Instalado en Barrio Norte, con el negocio marchando viento en popa, se estaba sintiendo cómodo.

El juez lo visitaba tres tardes a la semana para fumar un habano y beberse una botella de puro tinto mendocino.

Acostumbrado a la vieja usanza europea de la nobleza, lo esperaba en bata y pantuflas, sintiéndose príncipe aunque fuese del mismo infierno.

El juez lo visitaba, y juntos decidían la vida de miles. Habano mediante y la vista paradisíaca de un barrio sin pobres.

—*Rodrigo, no puede negarme que Buenos Aires es bella, ¿verdad?*

—Bella y generosa, Esteban, muy generosa.

—Para empresas como las nuestras, por supuesto.

—España también es generosa, el problema es el abastecimiento de carne fresca, en cambio Argentina tiene para abastecer a toda Europa.

—A propósito del abastecimiento, ¿cómo estamos con los cargamentos?

—Esteban... los gitanos quieren clase A, los euros definen...

—Bien, Rodrigo, dejemos las mejorcitas de la B para las casas de la Capital y Córdoba, y mandemos el resto al interior.

—¿Y Santa Cruz?

—Estamos jodidos con Santa Cruz. Esos militantes de cuarta que están hurgando demasiado, ¿podés creer? ¡Querer cagarnos el negocio a nosotros!

—Compremos a los cabecillas, como hacemos siempre.

—El problema es un sotanudo que está molestando y no permite que nuestra gente arregle. Tratemos de calmarnos para no fabricar mártires antes de tiempo.

—Esteban, vos sabés como manejarlo. Nosotros allá tenemos cuidado de no enojar a la Santa Madre, igual un par de monjas viejas se están organizando. ¡Joder! Las monjas tienen que dedicarse a rezar.

—Y los curas a dar misa. La monja en Catamarca hizo desastres, y encima los medios están dando pantalla a la tucumana que busca a la hija.

—Dime Esteban, ¿qué pasó con ese tema?

—Un error, un gran error que nos va a costar caro a todos.

—En este negocio no puede haber errores.

—Decime a mí. Sé que ajustaron al comisario que estuvo metido para que no hablara, y que están preparando todo un dispositivo para despistar, pero el armado del escenario, los actores, el movimiento sale fortunas.

—Mantenme lo más informado posible, que tengo que pasar el informe de riesgos.

—¡Quedate tranquilo, Rodrigo, que por ahora en este país todo se arregla! Hay unos cuantos funcionarios que adoran las cuentas en Suiza.

—En todos lados nuestra gente arregla, el tema son los activistas.

—Acá están empezando a organizarse, les va a llevar tiempo.

La tarde moría detrás de los vidrios inmensos. A lo lejos los autos se iban raleando como escarabajos en el cemento, dejando paso a una noche negra y espesa.

Se iban encendiendo de a una las luces coloradas de los boliches, anunciando al pecador el lugar del pecado. Y Dios afuera, intentando entrar por las rendijas malditas que le frenaban el paso.

Andrea, Juana, Eva, Mariela, Susana, Clarisa, rostros con nombres prestados y almas encadenadas a un negocio millonario, dispuesto a satisfacer la demanda de cualquiera que pudiera pagarla.

La tarde moría detrás de los vidrios inmensos, como morían los sueños de miles de esclavas en manos de los mercaderes de la muerte, dispuestos a todo por un par de billetes.

La ceremonia era la misma en todas las casas. Un par de latigazos retumbando en el aire irrespirable de los sótanos inmundos y las chicas comenzaban a pintarse. Los trazos gruesos como si fueran payasos, intentando esconder la tristeza gris de sus almas atormentadas.

Las medias red, con rombos ridículos, cubriendo el temblor de las rodillas y las minifaldas exageradas, dejando los muslos al descubierto. Las remeras brillantes con escotes interminables, oficiando de ropa.

Algunas apenas se calzaban lencería, prendas íntimas de Bolivia, traídas a granel por Andrés Achával para abastecer las casas. Portaligas rojos, fucsias, dorados y plateados; plumas de todos los tamaños y bichos. Y detrás de los disfraces, los ojos muertos, mirando la vida como si nunca más pudieran confiar en ella.

Los espejos de las casas parecían cobrar vida y despedir una baba blancuzca y humillante ante el ritual oscuro de las chicas al cambiarse. La perversión despertaba de su tumba para envolver con sus tentáculos las paredes de los prostíbulos, como si fuera un monstruo de una voracidad insaciable, hambriento de dignidades, de inocencias, de vidas. El aire podrido se agarraba con tal bronca a la piel, que después los jabones de oferta no lo podían desprender.

Luces de infamias, barriadas de vergüenzas y taperas de mugre. Todo olía a sudor en los prostíbulos y a carne vieja, la carne desgarrada de tantas víctimas que arañaban las paredes para escapar. Mujeres con miedo, ese temblor en los miembros que nunca se va, ese pavor que no te deja dormir y te sobresalta.

Casas húmedas, sin sol, con las paredes hartas de lamentos y súplicas. Cada mancha en alguna pared simbolizaba tantas vejaciones de años, tantos sufrimientos enterrados en la blancura inmunda de la cal.

¿Cómo explicar lo inexplicable?

Andrés Achával había aprendido bastante al lado del Juez.

Con su nariz de reptil había husmeado en todos los rincones, cuidando que su lengua bífida no pronunciara palabras indebidas. Rápido de memorias, aprendió en poco tiempo que el secreto del negocio estaba en los detalles.

Se sentaba por horas a enumerarlos: rotar la mercadería; contar siempre con alguna chica nueva; encargarse de la ropa -variedad y presentación-; pagar semanalmente la coima a la comisaría más cercana a cada casa; mantener la relación con los vecinos a través de regalos y demás; cenar mensualmente con políticos de cada partido y regalarles un pase con la consumición incluida; organizar con cuidado la fiesta de los sábados, contratando a alguna vedette envuelta en los escándalos televisivos; y, finalmente, encargarse del stock de bebidas, garantizando primeras marcas y demás.

La lista se alargaba año a año, cuando el hombre se iba volviendo cada vez más meticuloso y obsesivo, entendiendo que en el negocio los errores se pagaban muy caros, a veces hasta con la muerte.

Andrés Achával había aprendido bastante al lado del Juez.

Cuanto dato existiera, él lo tenía. En un cajoncito insignificante de un escritorio gastado por el uso, guardaba una agenda amarilla con todos los números del ambiente. Las páginas estaban desbordadas de nombres y números de cuanto proxeneta estuviera haciendo negocios, en Argentina o en los países limítrofes.

El país dividido en provincias y a su vez cada provincia partida al medio o en cuatro o en veinte -dependía de la cantidad de familias tradicionales que venían operando en el territorio- sumadas a los nuevos grupos de extranjeros que día a día iban colonizando espacios en detrimento de las existentes.

Dentro de cada región, la existencia de las ciudades y los pueblos, hasta los parajes rurales, contaban en el mapa de la mafia.

Andrés Achával hacía rato que le venía planteando al Juez que el negocio de la compra y venta de esclavos se estaba volviendo más redituable y menos peligroso que la droga. Este fenómeno estaba llevando la demanda a números impensados hasta el momento. Además los carteles colombianos, mexicanos y peruanos -distribuidores de estupefacientes- tenían todas las comisarías arregladas y el territorio dividido. Cuando alguien osaba querer morder de la milanesa ajena, le descargaban un cargador de una nueve milímetros reglamentaria, y se terminaba el asunto.

Las moscas del cadáver espantaban a los transeúntes y enseñaban la lección mejor que cualquier libro de texto.

El forense a cargo obviaba las balas pertenecientes a las fuerzas de seguridad, y el crimen quedaba encajonado, levitando en medio de una burocracia atroz, perpetrada para encubrir a los culpables bajo un manto de impunidad.

Andrés Achával sabía de sobra que la compra y venta de esclavos era un negocio joven. Que la mafia había clavado sus tentáculos en él para tener una alternativa de producción de dinero en escala que le permitiera alimentar el monstruo: las infinitas redes de funcionarios y empleados corruptos, parásitos de una sociedad que no veía o no quería ver nada.

Pero en algunos lugares aún se manejaba con principiantes, porque los viejos preferían las drogas o la piratería del asfalto donde había menos activistas.

El hombre con rasgos y alma de reptil -tan fría como las escamas de los cocodrilos- veía en los cuerpos de las víctimas la oportunidad de un negocio millonario, con un futuro de estrella de cine.

Febrero estaba bravo. Con temperaturas más altas que el primer mes del año. Los mediodías se tornaban pesados, con un sol dispuesto a deshidratar a cuanto corajudo quisiera desafiarlo.

Eran las dos de la tarde cuando Andrés Achával tocó el timbre del departamento 23. Calzaba unos jeans celestes y una remera blanca. La remera a pesar del color delataba la insipiente transpiración, imposible de contener. Sacó un pañuelo y se secó las gotas de sudor de la frente, unas gotas gordas y resbaladizas.

Rodrigo Eliseo Díaz lo estaba esperando. Como de costumbre, enfundado en su clásica bata, tal vez para demostrar que podía darse ciertos lujos. Sólo cambiaba la bata por algún traje de ocasión, siempre bajaba a la calle impecablemente vestido.

Lo hizo pasar y le ofreció una copa. En el lugar, la temperatura estaba a diez grados menos que afuera y un perfume a lavandas transportaba a un prado de flores.

Se sentaron en unos sillones Luis XV, enfundados en terciopelo rojo grana, y se pusieron a conversar nimiedades hasta que Rodrigo Eliseo Díaz se puso serio, muy serio, como si su otra faceta cobrara vida.

—Dime, Andrés, ¿qué hay de cierto en los rumores de una ley para Argentina? Los jefes preguntan, no quieren arriesgarse.

—Mire, señor, el tema está empezando a sonar en los pasillos del Congreso. Usted sabe que mucha gente ahí adentro nos apoya, así que no va a ser fácil sacar una ley en este tema.. igual nos encargaremos de que si tiene que salir, salga con las correcciones que le hagamos, ¿me entiende?

—Perfecto, hombre, es sólo que la inversión es muy grande y el recupero va a llevar algún tiempo, y nadie quiere gastar en el lugar equivocado.

—Con todo respeto, demasiada gente vive muy bien con este negocio, sobre todo unos cuantos políticos y estudios de abogados de renombre. ¿Usted cree que van a permitir que unos pocos activistas de cuarta le arruinen la fuente de ingresos? ¿Quién cree que les banca los viajes a tantos funcionarios con sus bellas secretarias salidas de las revistas? Aquí nadie está dispuesto a ser pobre, y menos después de haberse acostumbrado a la dulce vida.

—Entiendo, pero manténgame informado de todos los movimientos.

—Con gusto, señor. A propósito nuestros amigos del aeropuerto quieren aumento, y quizás nos convenga pagárselo, o sino vamos a tener que sacarlas desde Paraguay.

—¿Tú que crees, Andrés? Me parece que Paraguay puede quedar un poco lejos para un tema tan delicado como mandar la mercancía fresca a nuestra madre patria.

—Entonces pautemos el aumento, señor. Pero vamos a regatear, sino se van cebando y cada vez quieren más.

—¡Manéjalo tú, hombre!

Cuando Andrés Achával bajó por el ascensor se encendió un cigarrillo.

La ansiedad le carcomía las entrañas y un ligero temblor le revolvía las tripas.

Le costaba sentarse con el español, el hombre tenía esa rara y predecible frialdad que lo desesperaba, cada acto era el resultado de una combinación de movimientos calculados milimétricamente. No se le conocían vicios, su sexualidad era un misterio, y sólo bebía whisky importado y fumaba habanos especialmente traídos de Cuba para él. Cuando se dirigía a él, lo hacía con un aire de superioridad que no intentaba disimular -a sabiendas de su posición de segundo en la escala de mando- y sus ojos inexpresivos no dejaban lugar a emoción alguna, como si fuera un robot.

Su rutina era inalterable, como los movimientos eternos de las agujas del reloj.

Se levantaba a las siete, desayunaba, después corría siete kilómetros por el parque más cercano. Volvía, se duchaba y comenzaba a encargarse del negocio. Atento con los vecinos, con una amabilidad fríamente calculada, daba la impresión de ser un abogado perteneciente a algún estudio jurídico de renombre. Siempre bajaba enfundado en algún traje de una conocida marca francesa, de color negro, gris o azul marino, con la particularidad de usar la corbata una sola vez.

No se le conocían puntos débiles.

Octubre de 2010

Se fue caminando despacio, como si no pisara las baldosas y sus sandalias de taco chino apenas las rozaran.

Dejó tras de sí un perfume extraño, mezcla de dulzura y de infinita tristeza, como si el futuro fuera un perro rabioso dispuesto a triturarle las entrañas.

Me quedé con más preguntas que respuestas, y en la mano derecha un papelito arrancado con un número dibujado.

El fantasma de la duda comenzó a carcomerme el alma:

¿si el número era inexistente?, ¿si les daba más datos de los que tenían de mí? Si hubiera fumado me hubiera prendido dos cigarros juntos, pero en vez de eso opté por sentarme a pensar todas las variables posibles.

No pude evitar evocar sus ojos de cielo: muertos, vacíos de expresión, y una angustia sorda me agitó el pecho.

Ella no tenía salida. Yo tampoco la tenía.

Las cartas estaban echadas sobre la mesa hacía mucho tiempo, y ahora había que levantarlas y jugar la mano, a sabiendas que el partido iba a ser casi eterno.

Ella no tenía salida. Yo tampoco la tenía.

Me puse la pava y, con una yerba de oferta de color verde esmeralda, me preparé el mate, con la esperanza de que la peperina le agregara una cuota de sabor extra. Tenía la noche encima y los recuerdos a flor de piel.

Por una extraña e inexplicable razón, los recuerdos tienen más color y sabor en la oscuridad, como si la mente dejara de atajar la cantidad de información diaria y se permitiera un momento de relax.

La memoria puso frente a mí la segunda denuncia. No la primera, la segunda.

La primera había sido más fácil. Cuando la escribía, sentía que el espíritu justiciero de todas las mujeres que me habían precedido se encarnaba en mí.

La segunda fue la difícil. Todo el peso de la realidad se me cayó encima, como si fuera una visión (que nunca fue porque no soy visionaria): vi hacia delante un camino de amarguras y soledades, con las pilas de escombros de riesgos y enfrentamientos cortándome el paso.

Ahí entendí que no existe la denuncia anónima y que todas llevan nombre, apellido y número de documento.

La segunda fue la difícil. Nunca fui valiente, sólo le temía a la cobardía. Entonces, sin contarle ni a mi sombra, empecé a garabatear: *“Doctora... me dirijo a usted...”*, con el pulso débil y un ligero temblor en las manos. Sentí un hondo calor en mi interior, un sentido de huida, que la razón ignoró, y me quedé atornillada al viejo sillón de tientos. Un aire frío, duro, descarnado ocupó la habitación, un aire de puñales.

Por momentos me quedé con los pulmones secos, entonces salí al patio a respirar. Afuera la noche me esperaba con una llovizna que me golpeó el rostro como si las gotas fueran alfileres.

La segunda fue la difícil. Lo comprendí cuando dejé de huir de mí misma y terminé lo empezado, el último párrafo:

“A la espera de su respuesta, me despido de usted muy atentamente”.

Un segundo termo de agua caliente y una nueva ramita de peperina. Me costaba ordenar las ideas, nunca fui buena para los ordenamientos. Cuando sonó el teléfono, traté de que los fantasmas no me ganaran de mano y atendí.

La voz de ella sonó a dudas, a miedos.

—Soy yo... disculpe la hora.

—No hay problemas, soy noctámbula.

Le contesté lo más suavemente que pude para que no cortara.

—Usted sabe, tuve un amor.

—Eso es maravilloso.

—Ellos me lo mataron. La noche que intenté escapar con él, se dieron cuenta y lo apuñalaron.

Pude percibir los sollozos ahogados, el sufrimiento que es la suma de todos los dolores juntos.

—Lo siento tanto, no sé que decirte, de verdad.

—Mi niño es hijo de él. Ellos no saben, sino no me lo hubieran dejado tener. Yo les mentí, les hice creer que era de uno de ellos, de Ramón.

Hice silencio, como para que pudiera seguir. Sólo dije:

—Este teléfono...

—Es seguro, es robado y después lo tiro, por más que escuchen el suyo, no me van a encontrar.

Sólo se escuchaba la respiración de ambas.

—Mi amor repartía las bebidas. Manejaba un camioncito que tres veces por semana reponía los faltantes. Yo me las arreglaba para que me rotaran menos y en ese lugar me dejaran más semanas. Atendía el doble de clientes y ahí no protestaba por nada, entonces me dejaban más, sospechando que me había enamorado de uno de ellos.

Nunca lo tuvieron en cuenta. ¡Mi amor era tan frágil! ¡Tan tierno! Sus labios delgados estaban siempre sonriendo.

Su rostro transparente estaba siempre alegre. De tan flaco, los huesos se le marcaban debajo de la piel.

Nunca lo vieron, entonces nos enamoramos con todo el amor que se puede sentir. Para que no sospecharan, él llegaba en las noches y pedía a otra chica, después en las piezas hacíamos el cambio.

—¿No pudieron pedir ayuda?

—¿A quién? ¿A los policías que pasaban a pedir la coima? ¿A los de la justicia que iban? Dígame ¿a quién?.

—A nosotros.

—Ni sabía que existían y, además, ¿cómo me comunicaba con ustedes? ¡Le juro por mi hijo que fue el único hombre que amé! Cuando lo veía llegar, el corazón parecía que se me explotaba y me daban unas cosquillas extrañas en la panza. Todo olía a él. Creo que después, para bancarme la mugre de tipos que tenía por delante, pensaba siempre en él. ¿Sabe? Se llamaba... no me animo por teléfono. Y me trató con un respeto y un cariño que nunca nadie me dio. Nos amábamos tanto, pero tanto...

El llanto le ahogó la frase. Y yo estaba hecha un mar de lágrimas. Me salía tan poco.

—No sé que decirte.

—Ramón empezó a oler que algo estaba cambiando en mí. Que cada vez mostraba más entusiasmo por llegar al lugar. Pero, como me mostraba tan atenta con él, se hizo a la idea que moría por él. Mientras nosotros empezamos a planear la huida... Tengo que cortarle, cuando pueda le llamo.

—Prometeme.

—Le prometo que le hablo.

Octubre de 2006

El negocio marchaba viento en popa. El dinero entraba a toneladas hasta por las hendidias de las puertas. Cada prostíbulo generaba por sí sólo ganancias extraordinarias, además de los dividendos ostentosos que generaban las ventas de las chicas a Europa.

En todas las capitales de provincias, los VIP se pusieron de moda, con la particularidad de ofrecer servicios exclusivos y una serie de ofrecimientos extras, como ser todas las variantes en el mercado de la droga existente y no existente.

Los VIP ni siquiera necesitaban disfrazarse de whiskerías.

Rodeados de un halo invencible de impunidad, comenzaron a publicitarse en hoteles de varias estrellas, en la web y en todos aquellos sitios donde concurrían posibles clientes que encajaran en el estándar requerido: una billetera abultada y una conciencia adormecida. Los clientes eran cada vez más selectos, portadores del nuevo virus de una perversión desmedida y el común convencimiento de que la plata compra todo, hasta la vida de las personas.

Estos lugares, totalmente diferentes a todo, comenzaron a funcionar principalmente en horarios diurnos, sobre todo a la mañana, para satisfacer la demanda de políticos, miembros del poder judicial, empresarios. Sus costos comenzaron a diferenciarse de los locales comunes, ofreciendo un sinnúmero de servicios adicionales.

Eran los guetos del placer, como los comenzaron a llamar en el ambiente.

Además de las niñas y chicas presentes, los VIP comenzaron a ofrecer por catálogo a las vedettes del momento.

Varias protagonistas de los afiches de las revistas de los teatros más renombrados comenzaron a figurar en el menú a la carta de los VIP. Los platos más caros tenían entre sus ingredientes el cuerpo -la carne- de alguna jovencita furor del momento.

En el ambiente del espectáculo, siempre se rumoreó que algunas estrellas optaban por hacer extras en el mundo oscuro de la prostitución. Difícil de probar, los chismes se mantenían entre bambalinas y bastidores, con algunos códigos de silencio.

Los tiempos habían cambiado y las niñas bonitas y famosas, con sus cuerpos retocados por los cirujanos buitres

del momento, pasaban a engrosar las páginas de catálogos exclusivos, donde la particularidad de la selección estaba dada por la billetera más o menos abultada.

La noche estaba clara. Limpia de nubes y vientos. Una luna inmensa caminaba la pasarela del firmamento a paso lento.

La reunión había sido pactada días antes. El gobernador fumaba el habano con una pasión que no se molestaba en disimular. Vestía un traje sport en un gris plomo, la camisa blanca portaba el detalle de la marca en los botones. En la mano derecha un anillo de oro demasiado importante completaba el atuendo.

El juez también lo acompañaba con un habano. Y con un vaso de whisky importado que nadaba entre hielos que se negaban a morir.

—Ja, ja, ja, Gobernador, está osando vestir una marca de talleres clandestinos.

—¡Arturo! Estos activistas de cuarta nos están haciendo quedar muy mal.

—Claro, Francisco, con las denuncias públicas, ahora resulta que vestimos ropa de octava hecha por esos bolitas de mierda.

—¡Ese es el problema, hombre! Chau con el mito del diseñador sentado en la máquina para nosotros. ¡Qué espanto! Arturo, yo le siento olor a las prendas.

—Ja, ja, ja. Mira que ahí exageras, Francisco.

—Juez vamos a lo nuestro, por algo querías verme personalmente.

—El tema, Francisco, es tu provincia...

—Pero si colaboramos en todo.

—¡Hombre, claro que eres nuestro amigo leal! Pero necesitamos que la liberes completamente porque por ahí pasa toda la mercancía, toda ¿entendés?

—Pero las pibas, ¿no podés pasarlas por otras rutas paralelas?

—Nos significa el doble de riesgos y el doble de gastos.

Más comisarías para coimear, más gomerías para hacer los recambios. Todo duplicado. Nos conviene, en el mismo vehículo que circula, mandar la merca y las pibas.

—Vos sabés que yo no me acobardo, Arturo, el tema es que unos zurdos de quinta me están sacando notas en los diarios, jodiendo para picarle el seso a la gente.

—Ofreceles cargos, dales un subsidio mensual, como hacemos en algunas provincias para que se callen, con velo o sin velo. Ofreceles cargos, algo. Todo se arregla.

—¡Ya lo intentamos, hombre! Hasta les ofrecimos lugares en las listas.

—¿Yyy?

—No aceptan nada, nos están cagando la vida.

—Todo tiene un precio, de última la vida misma. Ofreceles no cagarlos a tiros.

—Les pedí a los muchachos que les hicieran unas llamadas y nada. Y no puedo tener mártires en este momento.

—Entonces, dejalos. A lo mejor nos conviene para agigantarte esa imagen de tolerancia que te está faltando. Mandales uno de los tuyos adentro y los monitoreamos.

—Ya les mandé una maestra. Y me la sacaron a diez mil.

—Ja, ja, ja, tenemos que negociar. No me podés negar que tienen una red de espionaje para imitar, sin un mango.

—Pero me joden la vida, Arturo.

—Vamos, Francisco, no exageremos, vos sos hombre de bancarte esto y mucho más. Por ahora dejalos, y si joden mucho, los apretamos un poco más y sino les cortamos la cabeza y listo. Viste que los accidentes pasan.

—Está bien, te libero la provincia para todo, pero tenemos que ajustar los porcentajes de cada auto.

—Garantizame escolta en tus rutas para minimizar las pérdidas.

—Si no fueras Juez, serías dueño de una multinacional.

—Gano lo mismo, y con menos laburo, ¿no?

—Ja, ja, ja, ahora me río yo. Decile a tu segundo que se maneje siempre con mi secretario, sólo con él, para darle cada patente que ingresa. Vos asegurate desde acá por lo menos tres líneas de teléfono totalmente puras.

—Tranquilo, que ya tenemos todo arreglado, nunca dudé que me ibas a decir que sí. En dos años tenés la campaña y los muchachos del viejo mundo te van ayudar en todo, ¡como corresponde con los amigos!

—Antes que pasemos a otra cosa, decime cómo está jugando mi vecino del norte. Me dicen los muchachos que los peones de él hacen demasiadas preguntas a los autos que ingresan a su provincia.

—Todo se arregla, quiere aumento. El tema es que no entiende que no hay que ser tan codiciosos y matar la gallinita de los huevos de oro.

—Sino nos quedamos todos sin entrada.

—Francisco, nuestros amigos no se van más de este paraíso. El tema es si prescinden de nosotros.

—¿En cuánto tiempo se traslada la merca y las chicas desde Humahuaca a Río Gallegos? Es el viaje más largo, ¿verdad?

—Es raro lo que decís, porque los traslados son en etapas. Acordate de los cambios de autos y de gente. Pero si hace falta, en cinco días se hace.

—¡Qué aceitado está todo!

—Francisco, llevamos años armando las rutas. Dejan más los circuitos de las mineras y el petróleo. Ahí se mueve guita en serio, y no hay tanto activista jodiendo por ahora. Los lugareños se cagan y cierran la boca.

—Me voy a mudar de provincia, ja, ja, ja.

—¡Ni se te ocurra, hombre!

Se quedaron toda la noche conversando. Compartiendo lo que pueden compartir los que viven de la desgracia ajena, anécdotas que a cualquiera le parecerían cuentos de horror.

Enero de 2011

El calor y la noche se pegoteaban a la piel como si fuera goma de mascar. Un halo de nostalgias envolvía los cactus del patio. Un silencio premonitorio me acompañaba mientras me preparaba el segundo termo de agua caliente.

El teléfono sonó a la distancia y uno de los chicos, el que estaba más cerca, levantó el tubo para gritar

—*Mamá, te buscan.*

Una extraña sensación me subió por la garganta, y todos los convencimientos juntos se me agolparon en la mente.

Una voz suave me susurró del otro lado de la línea.

—*¡Soy yo! ¿Se acuerda de mí?*

Cómo no iba a recordarla. La evoqué casi todas las noches con la esperanza que me percibiera y me llamara nuevamente.

—*Siempre te he recordado, cada día.*

—*Yo tampoco la he olvidado, pero es distinto: usted está muy ocupada...*

—*Jamás voy a estar ocupada para ustedes.*

—Lo sé, disculpe... es que he aprendido a no creer en nadie, eso me mantiene viva.

—Entiendo, no te preocupes...

La noche estaba cada vez más húmeda y el aire enrarecido se hacía irrespirable.

—Yo lo amaba, no sabe cuánto lo amaba. ¿Sabe? Fue la única persona que amé, y quizás la única que me amó. Ahora ya no me queda nada...

Un par de lágrimas se me escaparon y me quedé con las palabras encerradas en la boca.

—Ramón percibió mi felicidad y comenzó a espiarme. Le faltaba ponerle nombre y rostro al hombre que por primera vez en la vida me hacía sentir viva. Por eso decidimos no vernos más hasta la noche en que pudiéramos escaparnos. ¿Sabe? Yo sufría por verlo a lo lejos y no poder acercarme, pero tenía todas las esperanzas y los sueños escondidos bajo la almohada. Y cuando me iba a dormir entre cliente y cliente, le pedía a la Virgencita el milagro de poder ser feliz.

—La Virgen...

—No me escuchó o no le rogué lo suficiente.

—A lo mejor...

—Se descompuso la línea y no me escuchó. Ahora ya no importa, él ya no está.

Esa noche llovía como si fuera la última vez, pero el lugar estaba lleno. Las copas y la música hacían que no se escucharan las gotas hiriendo las chapas oxidadas del techo. Él llegó como de costumbre cerca de la medianoche. Yo había llegado la madrugada anterior. Por orden de Ramón me habían trasladado de repente desde Catamarca. Le juro que era tanta la felicidad de saber que iba a verlo, que me costaba disimularla.

Un silencio atroz inundó la línea. Esos momentos son eternos.

—¿Querés...?

—¡Quiero hablar, necesito contarle lo que pasó! Llegué al boliche a la madrugada y, cansada como estaba, me mandaron a laburar, no alcancé a higienizarme siquiera. ¿Entiende? Peor que animales, así nos tratan. ¡Ahí, Amor mío, cuando lo vi! Amor de mi vida, que necesidad de abrazarlo, de tocarlo, de susurrarle cuánto lo amaba.

A medida que el relato avanzaba la noche se iba enlutando.

Tanto dolor apagaba hasta las estrellas que se opacaron de pronto y la bóveda negra pareció más negra. Las lágrimas me ahogaron el alma y una angustia con sabor a hiel me llenó la boca. Ella me estaba contando su vida. O quizás se estaba despidiendo de la vida misma. Y yo sintiéndome tan pobre de recursos para ayudarla.

—Hice dos pases completos. ¡Hasta no sentí tanto asco pensando que tal vez después vería a mi Amor! El me observaba a lo lejos, casi sin poder disimular el brillo en los ojos. Recuerdo como si fuera hoy que el boliche estaba lleno, rebalsaba de clientes y la música parecía estar más fuerte que de costumbre.

Yo quería contarle que tenía una falta y estaba segura que era de él. Usted se pregunta como lo sabía, ¿verdad? Simple, porque desde que salía con él prefería sufrir y tener relaciones por la otra vía. Así guardaba algo que sólo fuera para él. Además me habían obligado a abortar tres veces y no quería pasar de nuevo por el mismo infierno.

¡Mi Amor estaba ahí, a tan sólo unos metros de mí!

Ella relataba y yo flaqueaba del otro lado del teléfono.

Agradecí a Dios no tenerla enfrente.

—En un momento dado, Ramón me tomó del brazo y me condujo al patio. Presentí algo extraño, pero no dije nada. En instantes, el segundo de Ramón apareció con él a los empujones.

Le juro que pensé que nos matarían a los dos. ¡No puedo describirle que se siente en esos momentos, no hay palabras!

En menos de un minuto, él caía al suelo con tres puñaladas en la espalda. Aún hoy, las imágenes pasan por mi mente en cámara lenta.

No me salían palabras. Muda, escuchaba con el alma en las manos y un llanto silenciado inundándome la ropa.

De ahí me llevaron al sur. Me mandaron a las casitas de Río Gallegos hasta que nació mi bebé. Me dejaron tenerlo sospechando que era de él, para poder extorsionarme con el niño. Lo crié como pude, a los ponchazos.

Pero se me hacía muy difícil, cada vez que estaba enferma tenía que laburar igual, sino amenazaban con pegarle al niño con una toalla mojada.

Del otro lado de la línea le aportaba poco, sólo me sonaba la nariz y me secaba las lágrimas como podía, intentando escucharla.

—*Sufrió mucho con Joaquín, ¿sabe? Le puse Joaquín: fue el primer nombre que se me vino a la mente porque era el segundo nombre de Marcelo, pero calculé que nadie lo sabía... Cuando el niño tenía cuatro años, se me hacía imposible tenerlo conmigo, le pegaban mucho y para él no era vida. Entonces tomé la decisión más dura de mi vida.*

Un silencio atroz me anudó la garganta y sólo emití suspiros.

—*Usted se imagina, ¿verdad? Entregárselo a alguien, pero tenía que encontrar a alguien que lo amara tanto o más que yo. Y... ¿sabe? Tal vez Dios me puso la mano una vez: la noche que ocurrió un ajuste y una enfermera cuarentona se presentó para suturar las heridas de los pendencieros. Era una mujer fuerte, ancha y con una voz grave, pero cuando lo vio a Joaquín, lo levantó en vilo y él le sonrió como si la conociera de siempre. Fue amor a primera vista. Entonces la esperé, y sin vueltas se lo ofrecí. Ella dudó, pero cuando le di los documentos de él, se le llenaron los ojos de lágrimas y lo levantó de nuevo y se alejó con él. ¿Sabe?, me dolió más que el parto, más que la noche en que murió Marcelo.*

—*¿Y los papeles de adopción?*

Lo dije como para decir algo en medio de tanto horror.

—*No sé como hizo, pero diciendo la verdad de lo que pasó, cualquier juez tendría que darle la adopción, ¿verdad?*

Nunca más vi a mi niño, nunca más. Cuando nos volvamos a encontrar, le voy a llevar una foto que le hice sacar unos días antes, como si estuviera predestinado que me quedara su recuerdo.

—*No sé que decirte, todo lo que te diga son tonterías.*

—*No diga eso, sólo que me escuche me alivia el alma destruida que tengo. No estaba errada, después que entregué al niño, me empezaron a joder menos, tal vez porque ya no tenían con que extorsionarme. Hace tres años y cuarenta días que ya no lo tengo conmigo. Tengo días muy negros y otros menos negros... nunca son blancos.*

—*¿Necesitas que te ayude...?*

—¿A buscarlo? Noo, ¿para qué? Él debe estar bien, con la vida que se merece, lejos de toda esta mugre que me rodea. Acá terminaría en la cárcel como los chicos de muchas mujeres que conocí, drogándose en las esquinas.

Usted sabe de qué hablo, usted conoce nuestras vidas.

Seguro tiene una familia que lo ama, y la enfermera va a los actos de la escuela. Debe ir a segundo grado más o menos. Yo no tengo nada para ofrecerle, sólo locura, dolor y muerte.

Me quedé en silencio, quizás por respeto, quizás, quizás....

—Mire, o mirá, ¿te jode que te tutee?

—No, no, al contrario.

—Cuando pueda, me llego. Voy a inventar alguna excusa para que me dejen salir cuando esté en tu ciudad y tomamos unos mates amargos, ¿querés?

—Por favor! No me olvides y vení, que te espero.

—Imposible olvidarte, Ali...

Ese “Ali” lo pronunció de una manera que me sonó a susurro de ángel. Y me quedé escuchando el eco de su voz al pronunciar mi nombre.

Me despedí, temiendo no volver a verla. La suerte estaba echada y las cartas estaban sobre la mesa.

Diciembre de 2007

El Juez murió de una sobredosis. En el certificado, el médico forense escribió: muerte natural, miocarditis aguda. El velatorio fue uno de los más concurridos. Demasiado célebre para permanecer en el anonimato en el cual desaparecen los nadies, cuyos entierros, a veces en las mismas casas o centros comunitarios, son alumbrados por lámparas que alumbran poco y sólo circula el mate para acortar los tiempos eternos del duelo de los familiares.

Andrés Achával se quedó con el negocio y la prosperidad en auge. Aprendió lo que le faltaba aprender para ser un señor de la mafia, con las conexiones necesarias para sostener las redes en funcionamiento.

Compró una mansión en el Country que observaba de niño desde el tejido. Y ahí se mudó con Juan -un adolescente de perfil griego- y ocho dogos de Burdeos, una debilidad adquirida junto a Juan.

Juan cursaba primer año de abogacía y Andrés Achával le prometía a su lado un futuro político próspero.

Socialmente lo presentaba como su asistente, aunque nadie dudaba de sus intenciones con el jovencito. El amorío o capricho de Achával era intrascendente para el negocio.

—Aprende todo lo que puedas, Juan -le repetía Andrés Achával con sarcasmo, desafiante- que tienes que ser mi heredero, como hizo el Juez conmigo. Este negocio es así: siempre se necesita quién lo continúe.

Rodrigo Eliseo Díaz regresó a España. A los cinco meses, partió para Tailandia para acomodar las empresas en Asia.

El gran continente se constituyó en el mejor proveedor de niños y niñas para turistas dispuestos a gastar sus euros en ellos.

La demanda creciente del turismo internacional en países donde la inocencia de un niño se pagaba en monedas de euros hizo que varias redes mudaran sus estructuras a esos lugares.

Era menos riesgo y esfuerzo mudar las estructuras mafiosas al lugar de origen de los pequeños -por lo general con legislaciones muy pobres en las penas de estos delitos o con zonas legales muy grises- que sacar a los niños de los países.

Una cantidad alarmante de paquetes -bastante explícitos para conocer el Oriente comenzaron a ofrecerse en la web, circulando de norte a sur y de este a oeste.

Las estructuras mafiosas se movían como los tentáculos de un pulpo: de manera sincronizada, precisa, todos a la vez. Un error podía llegar a costar miles de dólares y unos cuantos perejiles sacrificados en las cárceles para dejar tranquila a una sociedad que necesita sentirse segura.

Prostitución, drogas y pornografía de niños, un cóctel sacado de las películas de terror, pero tan real como los gritos de las víctimas pidiendo auxilio.

Un negocio en constante cambio, adaptándose a una demanda cada vez más exigente y más perversa.

Una telaraña indestructible, en cuyas redes miles de moscas inocentes agonizan. Las moscas intentan zafar de la telaraña, mientras una sociedad cada vez más egoísta y cruel mira para otro lado.

Una sociedad que niega la existencia de víctimas, del sufrimiento de millones, y que prefiere creer que la mafia es un cuento de Hollywood, donde la actuación célebre de Marlon Brando es sólo eso, unas cuantas escenas y un guión exitoso. Y que al salir de las salas climatizadas con unas cuantas lágrimas ya secas, la vida continúa y la mafia es sólo cuento.

Rodrigo Eliseo Díaz bajó del avión en Tailandia. Se acomodó la corbata y una sonrisa gélida le surcó el rostro. El traje gris de miles de dólares y el porte de gladiador le daba un cierto aire de desenfado y seguridad.

Nadie se cuidaba de la gente con dinero, y si pasaba cualquier inconveniente, el dinero servía para comprar conciencias y voluntades.

Igual en todos lados, donde la economía de mercado había borrado fronteras para dejar sólo los límites de la divisa.

La noche en que se mató, la luna estaba hueca. Apenas se distinguía el contorno en la espesura de la negritud.

El mensaje llegó a las tres de la madrugada: “*Ella está muerta*”.

Nunca supe a ciencia cierta quién lo mandó, pero cientos de conjeturas pululan en mi mente.

Nos habíamos conectado unas veces más, permitiéndome armar la historia. Ella sabía demasiado, demasiado de las estructuras de la mafia: nombres, lugares, direcciones. Su cabeza funcionaba como una computadora apuntado todo lo que podía.

Conectaba las fotos de funcionarios como si fueran naipes.

Al tiempo de conocerla, me reconoció que había transitado el circuito de los VIP más famosos del país. Confirmando las más tristes conjeturas posibles, cualquier cruce con la prostitución significaba un boleto de ida a “*un paraíso desconocido*”, el paraíso de los tratantes o esclavistas que estaban a la espera, como lobos al acecho (con el perdón de los animales, que incapaces de semejantes actos de crueldad).

Cualquier niña, adolescente o joven que entraba al circuito prostibulario por donde fuese, quedaba a la merced de las redes que la esperaba para cazarla, a sabiendas que su búsqueda se podía confundir con un viaje voluntario.

Supe tan poco de su muerte como de su vida. Pero me bastó para amarla eternamente.
Aún hoy no puedo armar el rompecabezas de las últimas escenas.
¿Se mató? Viviré con las dudas.
¿Su relación conmigo apuró el final? No lo sé.
¿Se mató para protegerme o proteger a su hijito? Quizás.
Quizás a su hijito.
Guardo en mi mochila todas las preguntas posibles.
Y a solas la nombro, y al hacerlo me parece escuchar que susurra mi nombre: “*Ali*”.
Los ojos se me humedecen y una angustia sorda me presiona el pecho.
¿Si nos volveremos a ver? No lo dudo, sólo dos cosas me mantienen en pie después de tantos duelos: Fe y Esperanza.
La noche es un mar iluminado con estrellas de mil tentáculos.
Una brisa suave me roza la cara. Camino despacio como si temiera pisar la tierra endurecida del camino.
Estoy sola, conmigo misma, hasta que un par de lechuzas desveladas acompañan mi andar.
Y la voz, la voz inconfundible de ella, susurrando: “*Ali, Ali, no me olvides*”.
Jamás, pequeña, jamás mientras viva.

FIN

Puede comunicarse con la autora a:
aliciaperessutti@gmail.com

Se terminó de imprimir en
Talleres Gráficos de
Ediciones CC
Córdoba 419 - Villa Nueva, Pcia de Córdoba
Septiembre de 2013
Tirada: 300 Ejemplares
IMPRESO EN ARGENTINA